

LA BASKONIA
REVISTA ILUSTRADA

AÑO XV

BUENOS AIRES, AGOSTO 20 DE 1908

N.º 536



MIRANDO LA CAZA



SAN ROQUE

Cada pueblo tiene su fisonomía característica, su aspecto peculiar; todos son buenos cuando se hace á ellos, se adoptan sus costumbres y sus prácticas, se entra á formar parte activa del mismo.

Por eso las poblaciones mercantiles ó industriales, de actividad diurna, aburren al desocupado, al cortesano, á aquel cuya profesión es divertirse, y el hombre trabajador, que no puede vivir sin ocuparse en algo, se aburre soberanamente allí donde otros se divierten.

Hay sin embargo pueblos en los que no puede aburrirse nadie porque no se sabe si el trabajo es el descanso de la fiesta ó si se divierten trabajando; y tan ligadas están las horas de trabajo con las de descanso que todo parece trabajo y todo parece fiesta, según las aficiones de cada uno.

Cualquiera que conozca Eibar y Placencia solamente por los renombrados productos de su industria, se figurará unos pueblos negros, en los que los operarios hacen una vida perra, ganando apenas lo justo para vivir, sin tener donde albergarse y comiendo un puchero de bazofia á la puerta de la fábrica.

Preguntará el lector á qué viene esto para hablar de San Roque ó á qué viene San Roque para hablar de esto.

Pues San Roque ha venido á recordarme Deva y de aquí he pasado con toda comodidad á Eibar y Placencia; y al recordar el carácter especial de estos pueblos, los más joviales, sin disputa, de toda Basconia, no he podido menos de mencionarlo.

En otros pueblos hay alegrías oficiales en las que la autoridad decreta el buen humor y que quieras que no quieras hay que divertirse ó ser un raro.

En cambio, placentinos y eibarreses, esos fabricantes de mortíferas armas desde que Dios amanece están de fiesta todos los días. Trabajan y cantan, que para eso son artistas y tienen voz. El mandil del trabajo, según esté tendido ó recogido en la cintura es una especie de telón que indica los momentos en que funciona el taller y que funciona el estómago.

A tal hora cesa el canto, se levanta el telón y se va á tomar un medio de blanco y á comentar lo que dicen los periódicos llegados de Bilbao. Al poco rato cae el telón, comienzan el trabajo y el canto. Luego llegan las noticias de Madrid y San Sebastián; se levanta el telón ó si el trabajo no apura se quita definitivamente hasta después de comer. A la tarde pasa lo mismo; al blanco sustituye el negro, llamado tal vez por delicadeza clarete. Y á última hora, cuando va escaseando la luz natural, nunca falta algún compromiso. Si el río crece hay que merendar una *cashuelita* de *eskalluak*; si el río mengua parece que las loinas, barbos y anguilas vinieran expon-

táneamente al tenedor. Si nieva hay caza, aunque no sea de ley; pero si las becadas no se cazaran cuando está nevado ¿cómo se podría comer?

Estas meriendas vienen generalmente acopladas con la cena y seguidas de juegos de agilidad, destreza, fuerza, etc., etc. alternando los saltos y cabriolas con cantos de música baskongada cantados como por maestros que son ellos.

Nadie al verlos con semejante humor y algazara de noche, creería que son estos los hombres que han dado á conocer el nombre de su pueblo en todo el mundo por la admirable labor de sus manos y sin embargo, allí los verá á la mañana siguiente haciendo filigranas con hilo de oro y montando armas que compiten con las mejores marcas del mundo.

Por eso como decía al principio, tienen estos pueblos, un carácter tan original que satisface por igual á los que hacen un culto del trabajo y una profesión del buen humor.

El grabado que acompaña estas líneas representa la portada de la iglesia parroquial de Placencia; en esta iglesia hay un famoso nazareno, verdadera obra de arte de la que ya hemos hablado en otra ocasión.

Para ponderar los placentinos su religiosidad y fé citan el siguiente *milagro*. Un día de fiesta, mientras toda la gente estaba en la iglesia, cayó una manga de agua tan enorme que las aguas llegaron hasta el altar mayor. En vista de lo extraordinario del suceso, revestidos los sacerdotes se asomó el oficiante á esa puerta que se ve en el grabado y desde ella exorcizó las aguas que obedeciendo el mandato volvieron á su curso natural. Hay que tener presente que la iglesia está en lo más alto del pueblo; de manera que los tejados de las casas

están más bajos que el pórtico de la iglesia, á pesar de lo cual las aguas no entraron ni en el primer piso. Y sin embargo el hecho es cierto; porque las aguas que bajaban del monte inundaron la iglesia por una puerta lateral y en cuanto se abrió la otra corrieron calle abajo hasta el río. Rasgos de buen humor se podrían contar infinidad. Una de esas noches crudas de invierno y bastante tarde, golpeaba un individuo la puerta de su casa, pero cansado de golpear inútilmente dijo á voces á su mujer.—Si no abres la puerta inmediatamente voy á tirarme al río.—Como el propósito de la mujer era escarmmentarlo, no hizo caso; el marido fué al puente y dando gritos tiró al río una gran piedra. Oír su mujer el golpe de la caída y salir medio desnuda á la calle pidiendo auxilio fué cosa de segundos. Mientras la mujer corría el marido se coló en casa, atrancó la puerta y se acostó. Su mujer, cansada de llamar se refugió en casa de una amiga.

